

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
Homilía del P. Manel Nin, monje de Montserrat
1 de enero de 2015
Núm 6,22-27; Sal 66; Gal 4,4-7; Lc 2,16-21

Bendito sea el Dios eterno, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, nacido de mujer, para hacernos hijos suyos.

Queridos hermanos: en la octava de la Navidad del Señor, del nacimiento en la carne del Verbo Eterno de Dios, conmemoramos hoy de una manera especial la divina maternidad de María, la Virgen, la que fue el instrumento humano a través del que Dios llevó a cabo su designio eterno de salvación: "se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre..." como cantamos en el credo. Celebramos también hoy, tal como hemos leído en el Evangelio, la circuncisión del Señor a los ocho días de su nacimiento; y no para conmemorar un hecho legal de la antigua alianza, sino para celebrar y vivir, razón por lo cual las Iglesias cristianas nos proponen este misterio, la verdadera encarnación del Hijo y Verbo del Padre.

Acabamos de escuchar las lecturas de esta celebración. De una manera especial quisiera fijarme en la narración evangélica de hoy y subrayar tres aspectos concretos. Primero. Los pastores en Belén, encuentran a María y José, con el niño acostado en un pesebre; después cuentan lo que les han dicho de aquel niño; finalmente alaban y glorifican a Dios. La narración es simple y clara: los pastores han oído el anuncio de los ángeles, han ido a Belén, han visto, han proclamado: fijaos que son tres momentos importantes de la narración y tres momentos importantes en la vida de todo cristiano: oír el anuncio -la Palabra-, ver y vivir esta Palabra, proclamarla. La narración evangélica nos describe el camino de todo hombre que va al encuentro de Cristo: Primero recibe en la Iglesia -en el seno de la Iglesia como el seno materno y como un don del cielo (los ángeles anuncian la buena nueva a los pastores!) - recibe el anuncio de la Palabra, y se la hace suya; luego corre para ver -los pastores corren para ver y ven sólo un niño envuelto en un pesebre, en una cueva, podríamos decir en la oscuridad, de una manera misteriosa; el cristiano ve también el misterio divino a través de los misterios -de los sacramentos- de la Iglesia, del sacramento del hermano; finalmente el cristiano que ha oído el anuncio de la Palabra y ha acogido en la Iglesia el misterio, lo proclama, canta la gloria de Dios.

Segundo. El evangelio no es una narración casual de hechos puesto uno al lado del otro, sino que es una gran catequesis de todo el misterio único y salvador de la Encarnación, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Este niño nacido pobre, *sin tener un lugar donde reposar la cabeza*; es el mismo que muerto será puesto en un sepulcro vacío, pobre todavía. En Belén Jesús, en la pequeñez y en el silencio de un niño, manifiesta su realidad divino humana; en Jerusalén, en el silencio y la aniquilación del crucificado, Jesús manifiesta todavía esta su realidad divino humana entregando el Espíritu a su Iglesia. En Belén los pastores reciben la buena nueva, corren, ven al niño y proclaman la gloria de Dios; en Jerusalén las mujeres corren al sepulcro y allí reciben la buena nueva, ven en este caso no ya el muerto fajado puesto en el sepulcro, sino simplemente el sepulcro vacío, del que nace, sale la vida nueva- y proclaman la obra de Dios. El misterio de Navidad nos anuncia ya el misterio de Pascua.

Tercero. Recordemos lo que acabamos de oír en el evangelio de san Lucas: *María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*. No como un simple recuerdo lejano de unos hechos más o menos nostálgicos del pasado, sino como una realidad viva y presente en la propia vida; en la vida de María, en la vida de la Iglesia,

en la vida de todo cristiano. De una manera muy particular hay que notar la estrecha relación que existe entre María y la Iglesia, y hay que notar también el hecho de que toda celebración de la Virgen está en relación muy directa con el misterio de la Encarnación del Verbo de Dios, y es por ello que a María le llamamos con el título antiquísimo de Virgen. Ella, la Virgen, es el testimonio humano principal de la Encarnación del Señor; por eso también ella tiene un lugar especial en la celebración de la Eucaristía; fijémonos cómo en la celebración de la eucaristía se la conmemora en la oración eucarística después de la consagración de los Santos Dones, para subrayar que el mismo Espíritu Santo que en su seno hizo que el Verbo de Dios se hiciera carne ahora ha hecho que los dones del pan y del vino se convirtieran en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. *María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.* María, la Iglesia, todos nosotros hacemos memoria hoy, al iniciar el 2015, de tantos y tantos hermanos nuestros que viven estos días de Navidad y desde hace meses y meses, en la persecución, en el sufrimiento, en el martirio. Recordemos a nuestros hermanos cristianos que en Irak, en Siria, y tantos y tantos lugares de nuestro mundo derraman su sangre en la fidelidad total y única a Cristo, que es su única esperanza y consuelo; desesperanzados (decepcionados) ante el espectáculo de un mundo en el Occidente que, como ocurrió hace precisamente cien años con nuestros hermanos armenios y siros, ignora, gira la cabeza, hace ver que no ... frente a lo que, una vez más en nuestros días, es un verdadero genocidio, como lo fue el primero del siglo XX entre 1915 y 1917. Hermanos, sin miedo, hagámonos eco de las palabras del Papa Francisco en su carta a los cristianos del Medio Oriente publicada hace pocos días donde el obispo de Roma, de manera valiente, hablaba "de la organización terrorista, de dimensiones nunca antes ni siquiera imaginadas, que comete todo tipo de abusos y de prácticas indignas del hombre... y que expulsa de la propia tierra de manera brutal a los cristianos que están presentes allí desde la época apostólica". Tierras pobladas a lo largo de veinte siglos por tantos y tantos padres, monjes, hombre y mujeres, cristianos, que las cultivaron, las cuidaron y las han amado hasta el extremo.

Hermanos, hoy la Virgen ha dado a luz, en una cueva, el Verbo eterno de Dios. Alegrémonos con los ángeles y los pastores, y glorifiquemos a este niño, que es el Dios eterno, bendito con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos. Amén.